

KEYNES, SUS NIETOS Y LOS NUESTROS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Andreu Mas-Colell*

Me dirijo a Uds. muy consciente de que su benevolencia al elegirme como miembro de esta Academia no disminuye, sino que aumenta, mi responsabilidad al asumir una decisión por la que quisiera transmitirles mi profundo agradecimiento. Mi antecesor fue Rafael Termes, un hombre de convicciones liberales y de extensa cultura. En la ciencia económica sus simpatías estaban claramente decantadas por los austriacos, con von Hayek a la cabeza. No le entusiasmaban mucho Walras, Pareto y el equilibrio general, pero, por así decirlo, les tenía consideración y respeto, o sea que no creo que le pareciera mal que su sucesor sea alguien muy inmerso en esa corriente del pensamiento económico. Antes de adentrarme en la substancia de mis palabras quisiera mencionar, en esta tarea de marcar enlaces y de señalar eslabones, a otro economista que no fue académico y que no está entre nosotros, a Ernest Lluch. Una de mis mejores recuerdos de los años de estudiante en la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona fue un intenso seminario de verano donde leí por primera vez algún trabajo de Keynes.

En 1930 John Maynard Keynes pronunció en la Residencia de Estudiantes de Madrid una conferencia titulada "Las posibilidades económicas de nuestros nietos". Se ha hecho justamente famosa. En palabras de Salvador Almenar, su conferencia "causó sorpresa, cuando no estupefacción" en un público que esperaba opiniones sobre una economía sumida en una depresión sin precedentes. Keynes prefirió ofrecer una visión optimista, incluso idílica, de la economía del futuro. Vaticinaba, por ejemplo, que a cien años vista el nivel de vida de lo que llamó las "economías progresivas" se multiplicaría entre cuatro y ocho veces. También afirmaba, que "el problema económico no sería el problema permanente de la raza humana".

* Resumen del Discurso de Ingreso leído en la Sesión Pública del día 10 de marzo de 2009.

La conferencia exhibe una actitud que, con el paso de los años, se ha ido convirtiendo en característica de la reflexión económica: el optimismo contenido. La economía ya no es *the dismal science*. La disciplina económica ha tenido siempre dos almas. Para una sería una ciencia de los límites. La otra es la que nos indica que los límites son dinámicos, que el tiempo, el esfuerzo, el buen hacer aseguran que, en el largo plazo, en los cien años de Keynes, los límites receden, receden mucho y receden sin cesar.

Puesto que estamos en Madrid, he pensado que, un tanto presuntuosamente, yo les iba a hacer un ejercicio de optimismo contenido de la misma naturaleza, aunque definitivamente no uno de idealización. Voy a pautar mi exposición siguiendo la contribución de Keynes, aunque aprovecharé también para presentarles algunos comentarios sobre el papel y el estado de la ciencia económica en nuestros días.

EL FUTURO DE LOS RETOS CLÁSICOS

El reto principal que Keynes contemplaba era el de la riqueza y la pobreza. Keynes era consciente de que el ritmo de avance dependería de tres condiciones: la posibilidad de contener el crecimiento demográfico, la confianza en el progreso científico y la capacidad de evitar guerras y conflictos civiles. Las dos primeras condiciones se están cumpliendo. El crecimiento demográfico continúa, pero su contención, quizás incluso su inversión, está en el horizonte. El progreso científico de las últimas décadas ha sido espectacular y la promesa de futuro extraordinaria.

Hay razón sobrada para el optimismo, aunque deberán otorgarme un horizonte renovado con 100 años más, ya que los retos clásicos no son simplemente los del nivel de vida en los países más avanzados. Si Keynes hubiese sido más ambicioso hubiese adoptado un punto de vista más globalizado y, con un horizonte más generoso, hubiese expresado acuerdo, estoy convencido, con los siguientes tres puntos:

1) En 100 años, a partir del presente, habremos conseguido, por la combinación del crecimiento natural y la acción deliberada, eliminar la pobreza del planeta.

2) La esperanza de vida habrá aumentado y, en general, nuestra salud será mejor. Es probable que la tarea comporte un aumento importante de la proporción del PIB que dediquemos a cuidar nuestro estado de salud y a combatir esa enfermedad que los más afortunados sufriremos: la vejez. Ahí hay mucho a

progresar. El siglo XXI, se ha dicho muchas veces, será el de la biomedicina. Es previsible que el coste de muchos tratamientos médicos disminuya dramáticamente, pero surgirán también nuevos tratamientos, posiblemente caros.

3) Los países más adelantados seremos, en media, más ricos. No sería implausible repetir en el horizonte de cien años la predicción de Keynes: propiamente medido doblaremos nuestro nivel de vida al menos dos veces.

LOS NUEVOS RETOS

Algunas de las preocupaciones más importantes que conciernen a la humanidad en nuestros días serían sorprendentes para Keynes. Los límites impuestos por las disponibilidades de recursos naturales, por la finitud de la tierra o por el deseo de preservar la integridad del aire o la diversidad de la vida vegetal y animal eran ajenos a los debates centrales de la década de los años treinta del siglo pasado. Estoy persuadido que, si no cometemos errores de bulto en la gobernanza global del sistema, los nuevos retos no van a cambiar el diagnóstico contenidamente optimista. Me explico en relación con dos instancias específicas:

1) Lo más probable es que el siglo XXI sea un siglo de energía cara, aunque no prohibitivamente cara. Pero ello no tiene porque inducir catástrofes. Debemos prepararnos para gastar relativamente más en energía y relativamente menos en otras cosas. Pero también son muchas las cosas que han descendido y descenderán en coste. En todo caso, a largo plazo es seguro que, a fecha dada, nos quedaremos por debajo de los niveles de renta y bienestar que se alcanzarían en una trayectoria con energía barata, pero es razonable pensar que porcentualmente no muy por debajo y que, en todo caso, el crecimiento continuará siendo posible. Lo que debemos hacer es dejar que los precios hagan su labor: si el precio de la energía aumenta, ello inducirá sustitución y constituirá, más generalmente, la señal indicada para impulsar los reordenamientos apropiados de la economía: trabajaremos más desde casa, prosperarán las ciudades adaptables a la bicicleta, etcétera.

2) Respecto al medio ambiente, es previsible que, por un lado, el aumento en su apreciación (empujado en gran medida por efectos riqueza y elasticidades renta superiores a uno) y, por otro, la imputación de precios correctos por sus usos, transmitidos por mercados o por regulación, llevarán a la dedicación de mayores recursos a su conservación, con un resultado que globalmente hará pensar a nuestros descendientes que a este respecto están mejor que nosotros. Quiero enfatizar que aunque estoy expresando optimismo éste es en parte convicción y en parte recurso retórico. Es lo primero en la medida en que se afirma que si se hace bien un buen resultado es posible, y es lo segundo cuando, implícitamente,

se manifiesta confianza en el buen hacer. Esta confianza, añado, puede ser especialmente problemática en situaciones como la del cambio climático donde los fallos en la necesaria gobernanza global son agudos. Debemos ser ahí muy poco inhibidos en la exigencia a la comunidad política internacional de un nivel elevado de coordinación multilateral.

Añadamos que una de las lecciones de mayor interés de algunas ramas del análisis económico contemporáneo (*behaviourial economics*) ha sido poner en evidencia la enorme capacidad de adaptación de los seres humanos. Si, como es lícito pensar, los cambios en el entorno no son bruscos, los procesos de ajuste pueden ser graduales y poco costosos en términos de bienestar económico.

LA ORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA

Aunque reconozco que es más bien temerario hacerlo, quisiera ahora transmitirles algunas reflexiones sobre las características que pueden informar el funcionamiento institucional de la economía de mis bisnietos. Mi única, débil, defensa para hacerlo es que Keynes también lo hace.

Empezaré por la evolución del trabajo. No esperaría que en este terreno haya muchos cambios en el aspecto contractual básico, el de recibir una compensación monetaria por un servicio realizado, pero sí en facetas fundamentales de su organización como el concepto de horario, de calendario laboral o de lugar de trabajo. Keynes sugiere que la jornada laboral evolucionará hacia un ideal de tres horas diarias. Aunque estoy convencido de que ello será materialmente posible, me manifiesto escéptico: el trabajo será, en media, más interesante, y el papel de la carrera profesional y, en ese contexto, la motivación procedente de los incentivos a la promoción, o simplemente al éxito, seguirá siendo poderoso.

En los tiempos de nuestros bisnietos la fabricación de las cosas materiales necesarias de forma repetible y estandarizada ocupará a una fracción pequeña de la fuerza de trabajo. Habrá, por tanto, mucha oportunidad para la personalización de la producción y nuestros descendientes podrían contemplar una inversión del efecto Baumol-Bowen.

Es común referirse a la economía que se ha configurado a nuestro alrededor como la economía del conocimiento. Un término conveniente para designar la nueva etapa en la que nos adentramos es el de la economía de la acreditación. De forma creciente, los productos de todo tipo presentes en las transacciones económicas no manifiestan a simple vista sus características más relevantes. La pregunta pertinente es la habitual: ¿se proveerán los niveles y las formas adecuadas

de acreditación? La tormenta financiera presente ha demostrado injustificada la creencia en que el mecanismo informal de la reputación bastaba para generar un universo de buenas prácticas. Ante tamaño fallo del mercado, se ha abierto un vacío y una necesidad que se va a llenar en parte por regulación y acción (acreditadora) pública, y en parte por la aparición de nuevas modalidades de acreditación. Me atrevo a pensar que, por lo que hace a las organizaciones mercantiles (empresas), una de las direcciones de evolución será hacia una corresponsabilización más formalizada de los riesgos financieros del producto (financiero o no) acreditado, es decir, va a ser más común que el que recomiende respalde su recomendación con la asunción de una parte del riesgo. En cambio, para el ámbito de las instituciones sin ánimo de lucro pudiera muy bien ser que el factor reputación baste. Consideración aparte merecería la institución sin ánimo de lucro más importante de todas: el Estado.

¿HAY UN MÁS ALLÁ DEL PROBLEMA ECONÓMICO?

Dejará de ser el económico “el problema permanente de la raza humana”. Ciertamente pasará de ser “el” problema a ser “un” problema. Con Keynes, me manifiesto contenidamente optimista en esta dimensión, y pienso que, sin duda, a medida que el nivel de bienestar aumente habrá otros problemas, viejos o nuevos, que los ciudadanos del mundo considerarán tanto o más importantes que los clásicamente económicos. Pero, a partir de esta coincidencia, soy más pesimista que el gran maestro. No descartaría, y lo consideraría más probable, que los grandes desafíos de las próximas décadas y siglos sean problemas reales y profundos, inquietantes e incluso crueles, aunque posiblemente no se cuenten entre los tradicionalmente considerados económicos. Así, ¿podemos estar ciertos que, remedando una frase de Keynes, la raza humana ha superado para siempre su propensión a guerrear?, o ¿como podemos saber que no aparecerán retos y encrucijadas nuevas, difíciles de transitar y surgidas, quizás, al calor de la acumulación de riqueza o de las nuevas posibilidades tecnológicas?. Si, por ejemplo, nos centramos en lo biológico, me parece a mí que ni dominamos ni vamos a dominar en los próximos cien años los resortes biológicos suficientemente bien como para permitirnos afirmar con un 100% de probabilidad que no vamos a tener nuevas catástrofes biológicas. Podemos prever también que los temas relacionados con la posibilidad de selección y mejora genética en los seres vivos, y especialmente en los humanos, van a contarse entre los de tratamiento tecnológico y económico, pero sobre todo jurídico y moral, más difíciles en los horizontes de futuro en los que nos adentramos.

En definitiva, y para concluir, por lo que hace a estos aspectos soy menos optimista que en lo que respecta a los retos clásicos y nuevos que he cubierto

anteriormente. Por decirlo con cierta brutalidad: si la humanidad en los próximos 200 años pasa por un momento de dificultad crítica me temo que es más probable que sea de origen biológico o social (guerras y conflictos) que medioambiental, energético o tradicionalmente económico.

¿Y QUE SERÁ DE NOSOTROS, LOS ECONOMISTAS?

Decía Keynes: “las materias económicas serán una cosa para especialistas —como la odontología. Sería en verdad esplendido si los economistas consiguieran ser considerados gente modesta y competente, al mismo nivel que un dentista”.

A su entender, la disciplina económica devendrá rutinaria y, por así decir, trabajará a través de protocolos estandarizados. Keynes, pienso, vuelve a pecar de exceso de optimismo. La economía del futuro no será estática. Su buen funcionamiento, en situaciones de normalidad, requerirá de odontólogos bien formados. Serán estos expertos, en buena parte, los responsables de que el problema económico no sea visto como el problema principal. La economía necesitará de su buen hacer. Ahora bien, la monótona realidad vendrá puntuada por acontecimientos y momentos de anormalidad y, en consecuencia, la economía como disciplina académica nunca se completará. No lo llegaremos a saber todo porque el todo cambia con la propia evolución y expansión de las economías. Además de los profesionales normales, precisaremos de los investigadores de punta capaces de enfrentarse intelectualmente con los inevitables fenómenos nuevos. Así, por ejemplo, cada crisis macroeconómica mueve a reflexiones renovadas y a innovaciones de política económica que son útiles y efectivas para el control de crisis futuras de un tipo semejante. Sin embargo, tarde o temprano aparecerá una epidemia, per-dón crisis, original e incubada en los pliegues de los fenómenos nuevos de la vida económica. Porque son nuevos, carecerán de precedentes. Típicamente su análisis estará dominado inicialmente por las perspectivas derivadas de los odres viejos, y se desplegará la familiar propensión a no reconocer cuán diferente es lo nuevo. Tomará un tiempo hasta que la inquietud y el deseo de comprender impulse a nuestra profesión hacia un redoblado esfuerzo de reflexión que acabe subsumiendo las anomalías y lo inesperado en nuevos, y más satisfactorios, paradigmas de normalidad.

Habrán notado que se me ha escapado el vocablo ‘epidemia’, en vez de ‘crisis’. Y es que, volviendo a Keynes, creo que la mejor analogía para el futuro del economista es la del médico, tanto en su versiones clínicas como en las de investigadores traslacionales y básicos.

SOBRE LA CIENCIA ECONÓMICA

Les ofreceré a continuación unos apuntes sobre la naturaleza de la economía como disciplina científica. Como no puede ser de otra manera, el componente de subjetividad será elevado.

El objeto de estudio de la economía

¿De que nos ocupamos los economistas?. Un primer tipo de definición quedaría bien capturado por la clásica de Marshall (1890): “*Economics ... examines that part of individual and social action which is most closely connected with the attainment and with the use of material requisites of well being*”. Desde esta perspectiva, el economista habría de sentirse no enteramente cómodo analizando lo no económico.

Un segundo tipo de definición sería la de Lord Robbins (1932): “*Economics is the science which studies human behavior as a relationship between scarce means which have alternative uses*”. En contraste con la anterior, ésta pone todo el énfasis en el método. Por lo que a mi respecta, me siento más seguro a partir de la conjunción de las dos definiciones, y en este sentido me temo que mi punto de vista es muy conservador y más bien pragmático.

El paradigma individualista

No podría entender el análisis económico de una forma que no tuviera como punto de partida la adhesión al paradigma individualista. Les ofrezco tres observaciones: a) el concepto de individuo no está libre de complejidades; b) muchas de las interacciones económicas son a distancia, globales, y no necesariamente próximas o bilaterales, y c) el actor económico no es un gen, sino un individuo pensante, es decir, capaz de reflexionar sobre lo que hace sobre sí mismo.

La hipótesis de racionalidad

¿Qué queda de la economía si reconocemos que el comportamiento empíricamente observable de los agentes económicos no va a estar perfectamente acorde con los modelos convencionales de racionalidad?. Pues queda, como mínimo, toda la economía positiva.

Altruismo o egoísmo

La noción tradicional del *homo economicus* incorpora dos ideas que, con el tiempo, hemos ido distinguiendo, la de la racionalidad y la del autointerés.

El incentivo y la norma

Permitidme elaborar sobre la idea de la racionalidad, contemplada sobre todo en su aspecto de voluntad y de práctica maximizadora de objetivos bien definidos. Quisiera hacerlo alrededor de la contraposición entre el incentivo y la norma. Adoptaré otra vez la posición pragmática, que resumiría de la siguiente forma: es seguro que la obediencia a las normas es una parte importante de la realidad social, pero sería imprudente diseñar instituciones donde incentivo y norma pudieran entrar en conflicto. Y si entran, es decir, si no hay compatibilidad de incentivos, cuenten Uds. con un buen grado de desviación respecto al comportamiento normativo. La disciplina social se ha impuesto en muchos terrenos merced, si queréis, a una actitud básica de buena voluntad cooperativa que puede tener un origen evolutivo, pero reforzada a su vez por una estructura sancionadora que compatibiliza incentivos. Es importante tener presente que los mecanismos sancionadores pueden estar implícitos en situaciones donde sólo la norma, y no la sanción, es explícita.

El aspecto normativo de la Ciencia Económica

Para la economía normativa es imprescindible postular autoridades públicas con capacidad de evaluar y predecir, y sería absurdo que éstas no lo hiciesen de manera acorde con los dictados de la lógica. ¿De dónde sale ésta obediencia si admitimos que los componentes de la sociedad pueden no exhibirla en su actividad económica diaria? Es esencial, a mi entender, mantener algún principio que ligue las prioridades sociales a los individuos. Pero para ello es imprescindible que detrás de cada decisor económico individual, quizás un tanto escondido, se encuentre un ser reflexivo, capaz, si se lo propone, de entender las consecuencias de las acciones propias y ajenas, y de comprender, aunque esto conlleve algún trabajo y sólo se practique en los momentos oportunos, que son estas consecuencias las que importan, más allá de efectos presentación o de descomposición contable.

El triunfo de la Econometría

Quisiera comentar un hecho ampliamente reconocido: el triunfo de la Econometría (en el sentido de la *Econometric Society*: “*an International Society for the Advancement of Economic Theory in its Relation with Statistics and Mathematics*”).

Es decir, teoría, matemáticas y estadística. En dos perspectivas: la práctica de las ecuaciones y la práctica de las regresiones.

Quisiera terminar con una observación de orden casi psicológico. Ciertamente, y conectando otra vez con mi discusión del discurso de Keynes, la evolución del análisis económico, en su vertiente médica y de alta investigación, está orientada por la aparición de los fenómenos nuevos; en consecuencia, en ese aspecto podemos hablar, sin ambigüedad, de progreso científico. Pero también podemos registrar un cierto carácter cíclico en la predominancia de la teoría en la ciencia económica que, me parece a mí, obedece a otras razones. En efecto, tras periodos de aparición, o reconocimiento, de nuevas realidades, de discusiones intensas y de predominio de lo empírico, es natural que desde el interior de la disciplina surja una inseguridad sobre fundamentos que lleva a una nueva oleada teórica. A su vez, un periodo intenso de trabajo teórico no puede prolongarse indefinidamente. El trabajo teórico es inevitablemente abstracto, y la economía es una ciencia social. Tarde o temprano, son muchos los economistas que empiezan a sentir que están perdiendo pie, y entienden que la última ola teórica está agotada e incorporada al acervo del conocimiento, y que la próxima ola debe mirar a la realidad y menos a los modelos. Y así continua el ciclo, y así, estoy convencido, continuará.